

EL ACENDRADO AMOR DE MARTI A SU MADRE

Por Billio Raig de Leuchsenring.

Cartetes, feb 8, 1953

Múltiples son las pruebas que en sus escritos nos ha dejado Martí, del intenso amor que profesaba a su madre.

La primera carta y los primeros versos que del Apóstol se conocen están dedicados a su madre. Está dirigida la carta desde Hanábana, pueblo de la provincia de Matanzas donde su padre, don Mariano, desempeñaba en esa fecha —23 de octubre de 1862— ~~ya~~ ~~ya vivies~~ el cargo de celador de policía, y donde se hacía acompañar, como a todas partes a donde iba, por su hijo, para que le sirviera de escribiente, dada su buena letra.

Cuando Martí escribió esta la primera carta que de él se conoce, y que se conserva en el Museo Nacional, contaba nueve años y casi nueve meses de edad. Es una carta ingenua, infantil, pero en la que se deja entrever, sin embargo, el carácter del hombre y el estilo del escritor futuros. Y en ella se revela plenamente el amor, hondo y efusivo, que sentía, desde muy niño, por su madre, de la que se despide "su obediente hijo que le quiere con delirio".

Los primeros versos de Martí de que se tienen noticias, ~~ya~~ ~~ya vivies~~ escritos en 1868, los consagró a la que le dió el ser. Las dos primeras estrofas son las siguientes:

A MI MADRE

Madre del alma, madre querida,
Son tus natales, quiero cantar;

Porque mi alma, de amor henchida,
Aunque muy joven, nunca se olvida
De la que vida me hubo de dar.

Pasan los años, vuelan las horas
Que yo a tu lado no siento ir,
Por tus caricias arrobadoras
Y las miradas tan seductoras
Que hacen mi pecho fuerte latir.

.....

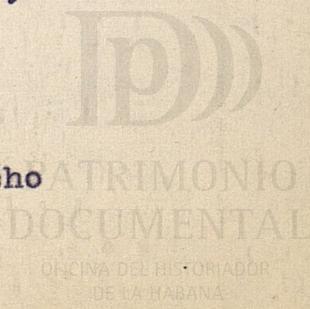
En presidio, el 28 de agosto de 1870, le envía un retrato en el que aparece vestido de presidiario, el grillete al pie, con la siguiente dedicatoria:

Mírame, madre, y por tu amor no llores!
Si esclavo de mi edad y mis doctrinas,
Tu mártir corazón llené de espinas,
Piensa que nacen entre espinas flores.

Y en 30 de diciembre de 1871, desterrado en España, le dedicó esta composición:

¡MADRE MIA!

Mi madre: el débil resplandor te baña
De esta misera luz con que me alumbro,
Y aquí desde mi lecho
Te miro, y no me extraña —
Si tu vives en mí — que venga estrecho
A mi gigante corazón mi pecho.



El sueño esquivan ya los ojos míos,
Porque fueran, si al sueño se cerraran,
Ojos sin luz de Dios, ojos impíos.
¡Te miro ¡oh madre!, y en la vida creo!
¿Cómo cerrar al plácido descanso
Los agitados ojos, si te veo?

Se me llenan de lágrimas. ¿Es cierto
Que vivo aún como los otros viven?
¿Que al placer de la vida no me he muerto?
Lloro, ¡oh mi santa madre! ¡Yo creía
Que por nada en el mundo lloraría!
Los goces de la tierra despreciaba,
Y lenta, lentamente me moría.

Yo no pensaba en tí: yo me olvidaba
De que eras sola tú la vida mía.
Tú estás aquí: la sombra de tu imagen,
Cuando reposo, baña mi cabeza.
¡No más, no más tu santo amor ultrajen
Pensamientos de bárbara fiereza!
Una vida acabó: ¡mi vida empieza!

La luz alumbra ahora
Tus ojos, y me miras,
¡Cuán dulcemente me hablas! Me parece
Que todo ríe plácido a mi lado;
Y es que mi alma, si me miras, crece,
¡Y no hay nada después que me has mirado!

Huya el sueño de mí. ¡Cuán poco extraño
 Las horas éstas que al descanso robo!
 ¡Oh! Si siento la muerte,
 Es porque, muerto ya, no podré verte!

 ¡Amame, ámame siempre, madre mía!

Al dorso de un grupo fotográfico en que aparece Martí en compañía de Eusebio y Fermín Valdés Domínguez, que nosotros publicamos por vez primera en la revista Social, de La Habana, el año 1922, y que conservamos en nuestro poder, hay una dedicatoria de puño y letra del Apóstol, fechada en Madrid, el 19 de septiembre de 1872, en la que ofrece esta copia de ese retrato a su fraternal amigo Fermín, con estas palabras: "Hermano, cuando te he visto a mi lado, no he suspirado por mi madre", no encontrando para ponderarle lo grande y sincero del cariño que por él siente, otra prueba mejor ni más clara para quien, como Fermín Valdés Domínguez, lo conoce intimamente en su vida y en sus pensamientos y sentimientos, que decirle que allí, en su forzado destierro madrileño, lejos de lo que más ama en el mundo, su madre, cuando ha visto a su lado a su amigo Fermín, no ha suspirado por ella.

En febrero 28 de 1883, en carta a su hermana Amelia, escrita desde Nueva York, se preocupa de la suerte y el bienestar de sus padres, especialmente de su madre: atiende, dentro de la escasez económica que padece, a las necesidades de aquélla, y sacrifica el placer de tenerla a su lado, por lo que considera sea más del agrado de ella:)

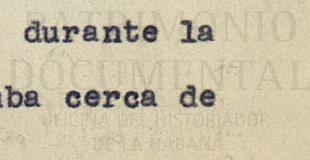
"... nada me ha hecho verter tanto sangre como las imágenes do-
 lientes de mis padres y mi casa. Ahora, ya engrueso. Vds. repo-

PATRIMONIO
 NACIONAL
 BIBLIOTECA DEL HISTORIADOR

san. Nadie más que yo trabaja. Papá puede venir a descansar. Me aflige sólo que mamá tenga que vivir en casa extraña. Desde el mes de abril recibirá, mes por mes, veinte o veinticinco pesos oro. Este, no le puedo mandar más que diez, que acaso vayan, si no hallo otro modo más seguro, dentro de esta misma carta, en un billete americano, que tu buen José me hará el favor de cambiar para mamá. Dos razones hay que me impiden pensar, — como de otro modo hubiera sin vacilación resuelto,— que mamá y Antonia viniesen también a mi lado. La más importante es—que traer acá a Antonia, que es ahora rosal en flor, sería como encarcelarla en un castillo de nieve. Y mamá, a poco, suspiraría con razón por volver a la tierra donde están sus hijas y sus amigas, y cuanto halaga y mantiene vivo al corazón, que aquí sólo de fuerza heróica si es mozo, o de haber resuelto ya, por matrimonio o por haber vivido bastante, los problemas de la existencia,— queda vivo".

El tercer tomo de los Papeles de Martí, pertenecientes al archivo de Gonzalo de Quesada y Aróstegui, y publicado por su hijo, Gonzalo de Quesada y Miranda, constituye un tesoro inapreciable para el conocimiento de las relaciones de Martí con sus familiares. En la primera parte de dicho libro aparecen 28 cartas de los padres, hermanas, cuñados y esposa de Martí.

A lo que a nosotros interesa, sólo nos referiremos ahora a las cartas de doña Leonor, que suman 19, y aparecen escritas de 1881 a 1887. ~~De la única carta de don Mariano, de 1884, hablaremos más adelante.~~ Corresponden esas cartas, la primera (julio, 1881) a los últimos días de la estancia de Martí en Venezuela, y las restantes a su segunda y larga etapa de vida neoyorquina, durante la cual labora intensamente por la independencía de Cuba cerca de



los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo, aunque sin éxito, por no estar de acuerdo con los planes revolucionarios de éstos; pronuncia su famoso discurso sobre Bolívar; envía correspondencias a La Opinión Nacional, de Venezuela; La Nación, de Buenos Aires; La República, de Honduras; dirige La América, de Nueva York; imprime su libro de versos Ismaelillo; y muchos de sus Versos Libres; publica Amistad Funesta en el periódico El Latino Americano, de Nueva York, con el seudónimo de Adelaida Ral; traduce el Tratado de Lógica, de Stanley Jevons, y la novela Called Back, de Hugh Conway, a la que da el título de Misterio...

Todas estas cartas de doña Leonor a su hijo nos demuestran cumplidamente la incompreensión absoluta que existió entre Martí y sus padres, quienes -como dice Quesada y Miranda-

"veían en él un visionario, un ser locamente inquieto, absurdamente preocupado por el bienestar de Cuba y de la humanidad, luchando por ellas sin visible recompensa a los ojos seniles de sus viejos progenitores reaccionarios".

Y nótase también, como certeramente acota el citado publicista, el cambio que al correr de los años experimentan sus padres en el modo de pensar respecto a su hijo:

"a medida que el hijo va creciendo y demostrando su decisión inalterable de luchar por la emancipación de su patria, a la par que su genio es reconocido y aplaudido en tierras por él visitadas, sus familiares más allegados se dan confusa, pero efectivamente cuenta de tener ante sí un hombre extraordinario, equivocado quizás, pero sincero e iluminado en sus altos propósitos, y comienzan a respetar y admirar, aunque sea calladamente, su inmenso valer".

Una y otra vez, en estas cartas, doña Leonor da rienda suelta a su cariño, intenso, pero egoísta y materializado. Ella en su sencillez, su rudeza y su incultura, no puede explicarse que el único y amado hijo haga vida de judío errante, de trotamundos, sufriendo privaciones, miserias, enfermedades, haciendo el papel de redentor de su pueblo y de la humanidad, consagrándose a la para ella tan poco apreciable, por lo no lucrativa, profesión de escritor, de poeta, de periodista, mientras sus padres y sus hermanas, viejos y achacosos aquéllos, y jóvenes y débiles éstas, carecen de lo más indispensable para el diario sustento.

Es ésa la corriente incomprensión con que choca en su vida el hombre que se consagra al apostolado político o social, el grillete que lo encadena a los intereses creados de la familia y del hogar, la losa de sus ideales y de sus sueños...

En esta honda y dolorosa tragedia familiar, Martí hace de Quijote, y sus padres, de Sancho.

En carta de 19 de agosto de 1881, doña Leonor, refiriéndose a la breve y penosa estancia de Martí en Venezuela y al viaje que acaba de hacer de dicha república a Nueva York y a su instalación en esta ciudad le dice:

"No hay mal que por bien no venga, dice un refrán y yo creo que este viaje te servirá de mucho para ser algo más indulgente pues abras conosido que en todas partes los hombres son iguales, hay buenos y malos y que con todas formas de gobiernos hay descontentos, y te acordarás de lo que desde niño te estoy diciendo, que todo el q.^o se mete a redentor sale crucificado, y que los peores enemigos son los de su misma raza, y te lo vuelvo a decir, mientras tu no puedas alejarte de todo lo que sea política y pe-

riedismo, no tendrás un día de tranquilidad, y yo no viviré tal vez lo suficiente para tener el gusto de verle tranquilo vivir solo del trabajo de sus asuntos nada más, pues por mucha fortaleza que tengas ha de quebrantar su salud la vida tan ajitada que llevas hace tiempo".

Refiriéndose a los contratiempos que experimentan en el hogar, por la angustiosa situación económica, le declara:

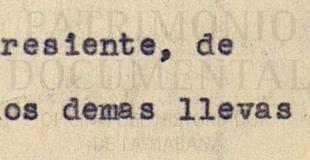
"Me dices hijo que te dé detalles de tu casa, qué quieres que te diga en el estado de tu espíritu hoy? y también del mio, si nada hay que me consuele de este inmenso vacío que siente mi alma con la sola idea de que este malestar, no tiene remedio posible, pues lejos de darme una esperanza aunque lejana, me desanimas cada día más, y que remedio para este cuadro, entregarlo a la voluntad de Dios es lo que haga y pedirle nos dé fuerzas a todos para sobrellevarlo".

Insiste de nuevo en la equivocación que para ella constituye la vida de su hijo:

"Que sacrificio tan inútil hijo de mi vida, el que estas haciendo de tu tranquilidad y de la de todos los que te quieren, no hay un solo ser que te lo sepa agradecer, el que mas achaca tu sacrificio al ansia de brillar, otros, a la propia conveniencia, y nadie en su verdadero valor".

Haciéndole resaltar, aún más, su desacuerdo con las nada prácticas ni utilitarias actividades y labores de Martí, le reprocha con ingenua dureza lo inútil que es él para sus padres y para su hogar:

"No quiero seguir mas, y solo te diré, un caso resiente, de como se agradezen los muchos sacrificios que por los demas llevas



echos, este dará risa, pero es una pequeña muestra de la protección que a tus inútiles padres, se les presta por tu agnecación.

"Hace pocos días fui a ablar al amo de una casa que creí mas conveniente que esta, y resultó ser este señor uno que conserva buenos recuerdos de ti por no se que buena accion que tuviste con el en la carcel, pero a pesar de esto y de ser bastante rico no quiso rebajar unos cuantos pesos del alquiler y no quedamos sin ella, estas esperiencias son las que me hacen pensar así".

Y por si no fueran suficientes estas críticas, la madre las reafirma con la opinión de don Mariano:

"Tu padre dice hoy algo, dice que te acuerdes de lo que te ha dicho de todas las republicas que has bisitado y de las que te quedan que ber; que exepto esa [los Estados Unidos de Norteamerica] nada vale la pena".

¡Qué doloroso debe haber sido para Martí contemplar cómo sus padres desconocían, negaban y repudiaban su obra revolucionaria emancipadora, sus ideales y empeños americanistas!

Todas las cartas de doña Leonor contienen las mismas quejas y reproches contra la orientación, para ella descarriada, que seguía su hijo en la vida.

Al azar entresacamos de ellas algunos párrafos, que bien pintan y reafirman esos sentimientos y esa actitud:

"Con respecto a lo de gran pensador; te felicito por lo que de honrrroso tiene; pero te confieso, que en esto soy un poco egoísta, y si quisiera pensaras mesnos en los demás para que te quedara mas tiempo, para pensar en los tuyos que bien lo necesitan, bien se que este pensar mío, no te gustará pero ¡Ay! hijo,

las amarguras y los años, hacen pensar muy diferente. (Noviembre 18, 1881).

"Me alegra que tengas bastante trabajo, pues es el pan del pobre, pero me entristece que todo tu afán de vida sea para echarlo al mar; hasta cuando, parará esa rueda? (Diciembre 23, 1881).

"Ya estamos en pleno año nuevo Dios quiera que sea mas feliz para todos; aunque yo he visto tu resolución, no espero mucha; si hijo, tu última me acaba de convencer, que todas mis esperanzas deben concluir, supuesto, eres lo mas seguro, establecerte hai, y como yo hai, no pienso ir, ni si algun dia pudiera ir; tendría ya para mí la vida nada de agradable; porque si tanto te he dicho siempre que debías moderar tus ideas, por amor a los tuyos, y porque así creía yo y debía esperarlo, por nuestra triste situacion y por las muchas penas que tan pronto empesamos a sufrir, esta protección y amparo que de ti esperaba era porque considerava que la necesitavan tus hermanas, p.^a que ni la cituacion de tu padre ni su caracter podian dársela, pero ya mi ambicion se acabó, si ambicion puede llamarse el desear una madre la mayor felicidad para sus hijos, pues para mi no necesito nada vivo con muy poco, y ellas ya no alcanzaron este amparo pues abrá pasado la edad oportuna para fijar su porvenir, que quizá con otra clase de trato y algun poco de viso ya que el mundo lo aprecio asi tal vez digo lo huvieran fijado de otro modo, pero sea lo que Dios quiera. (Enero 9, 1882).

"No puedes figurarte, el dolor de mi alma al saber lo poco agradable de tu cituacion y Dios te de fuerzas para llevar la carga que le has echado sin estavilidad en nada, yo creo hijo que mientras tu no sueltes los papeles de los periodicos, tu

suerte no variará, y siempre le pido a Dios te de otro elemento de vida, en que se aprovechen mejor los años. (Enero 25, 1882).

"Conque te incomodas hijo, p.^a un poquito de verdad nada mas que te digo, no comprendes que yo no puedo mirar con sangre fría esa resolución tuya de seguir viviendo así hasta sabe Dios cuando, sí que estoy convencida que no harás mas que quebrantar tu salud y gastar tu vida esterilmente; pues no comprendo q. idea tiene ya tu peregrinación hoy que toda persona de juicio confiesa que solo el tiempo y la mucha prudencia con algo de inteligencia puede remediar algo esta situación, y convencidos de esto, llegan cada día personas a mirar por su porvenir y no por consecuencias vanas con los que en la hora de desgracia en vez de auxiliarlos, los critican. (Febrero 9, 1882)."

En la misma carta a la que pertenece el último párrafo que acabamos de transcribir, revela doña Leonor sus anhelos de tener junto a sí, a la sombra del hogar, trabajando en lo que se pueda, pero ayudando económicamente a la familia, al hijo aventurero:

"Desecha hijo esas ideas, y piensa que todos los que te aprecian es por lo que tu valgas, y que todos saben q. eres pobre y lo es tu familia, y lo extraño sería berte establecer con lujo. Es verdad que tus padres son pobres, pero todavía tienen un hogar aunque modesto muy digno, en que recibirte y donde no te faltará un pobre y limpio lecho en que descanses tu dolorida cabeza hasta que se te baya presentando trabajo que no es posible te falte aquí, y con calma puedes arreglar lo demás... Creeme hijo, deja escrupulos bobos, mira por tu salud, que yo se esta quebrantada, que sean los tuyos los que te quiden si te enfermas, que tengan el consuelo de tenerte a su lado estos espíritus tan cansados

de sufrir, piensa bien lo que te digo y contéstame, si para tu seguridad, quieres que yo hable con alguien aquí, o entérate tu por todos los medios dignos, pues es deber del hombre mirar por los suyos, sin que esto te degrade en nada".

Es también curioso en estas cartas observar las quejas reiteradas de doña Leonor por la pereza de su hijo en escribirle, lo cual, como dice Quesada y Miranda, "pudiera sorprender a muchos, ya que una de las cosas más extraordinarias del Maestro fué precisamente su actividad infatigable epistolar y literaria". Y el propio comentarista encuentra la explicación en este fragmento de una carta, que posee, de Martí a Leandro J. de Viniegra:

"¿Cómo es q. V., tan vivo en mis recuerdos, y tan especialmente estimado, ha venido a padecer la suerte que mi misma madre corre a veces, y q. me hace pasar plaza de descortés y desamorado, a mí para quien la cortesía es una virtud, y la sobra de amor habitual estado? Perdóneme, mi noble amigo, que yo soy una tempestad en el seno de una nube azul. Es que tengo largos días de sombra, que suelen durar meses. Me falta en ellos fuerzas para llevar a la mano los pensamientos".

Así fué. Y ni las ausencias prolongadas, ni los largos silencios, aminoraron jamás el amor del hijo a la madre, ni impidieron tampoco, como ya vimos, la preocupación constante por la suerte de los suyos.

Estos sentimientos se desbordan, incontenibles, en esta carta, sin fecha ni firma, pero que, escrita de puño y letra de Martí, se conserva en nuestro Museo Nacional, y debe haber sido escrita en los primeros meses del año 1892:

"Madre mía:

"Todavía no me siento con fuerzas para escribir. No es nada, no es ninguna enfermedad; no es ningún peligro de muerte:— La muerte no me mata, caí unos días cuando la infamia fué muy grande; pero me levanté. La gente me quiere, y me ha ayudado a vivir. Mucho la necesito: mucho pienso en V.: nunca he pensado tanto en Vd.: nunca he deseado tanto tenerla aquí. No puede ser. Pobreza. Miedo al frío. Pena del encierro en que le habría de tener. Pena de tenerla y no poderla ver, con este trabajo que no acaba hasta las diez y media de la noche.— Nada más ahora: Vd. lo sabe todo: esta palabra de hijo me quema. Lea ese libro de versos: empiece a leerlo por la página 51. Es pequeño—es mi vida. [Se refiere a Versos sencillos]. Pero no crea que se afloja, ni que corre riesgo ninguno, ni que está en salud peor de lo que estaba este hijo que nunca la ha querido tanto como ahora".

En 18 de noviembre de 1894, al enterarse de que el doctor Juan Santos Fernández le había asistido a su madre, escribió a este amigo las siguientes líneas:

"Goza en agradecer, y en saber que el viaje por el mundo no ha logrado sacar la piedad de tu corazón. Sé lo que haces por mi madre, y lo que vas a hacer. Trátamela bien, que ya vez que no tiene hijo. El que le dió la naturaleza está empleando los últimos años de su vida en ver cómo salva a la madre mayor".

Y por último, al salir de Montedristi para los campos de Cuba libre, el 25 de marzo de 1895, se despide de su madre en un adiós que la suerte adversa hizo que fuera su despedida hasta la eternidad;

"Madre mía:

"Hoy, 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en Vd. Yo sin cesar pienso en Vd. Ud. se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿por qué nací de Vd. con una vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre.

"Abraze a mis hermanas, y a sus compañeros. ¡Ojalá pueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí! Y entonces sí que cuidaré yo de Vd. con mimo y con orgullo. Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. La bendición.

"Su

"J. Martí.

"Tengo razón para ir más contento y seguro de lo que Vd. pudiera imaginarse. No son inútiles la verdad y la ternura. No padezca".

